

La invasión napoleónica fue otro hito que marcó la vida de las publicaciones cubanas, las imprentas habían roto el círculo de la Habana para establecerse, también en Santiago, segunda ciudad de la isla. Las cortes de Cádiz supusieron un gran impulso para la imprenta, al conceder la libertad de imprenta, si bien sólo duró 14 años.

La vida política marcó la aparición y desaparición de diarios, o folletos, que reivindicaban el nuevo o el viejo régimen. Una cuestión empañó y mostró las contradicciones de la oligarquía cubana, la esclavitud. El movimiento abolicionista iba tomando cuerpo en Cuba a la vez que se veía casi la imposibilidad de crecimiento económico sin mano de obra esclava, la prensa se hacía eco de este pensamiento pero no sabía cómo resolver la cuestión de los libertos.

La aparición de los semanarios era tan frecuente como sus cierres, de manera que no había una continuidad en prensa, hasta la creación del *Diario*, o la *Alborada*, que se mantuvieron y pretendieron ser los noticieros cubanos.

La guerra y la independencia se vieron reflejadas en las publicaciones cubanas de uno u otro signo, de manera que los avatares bélicos y las posturas enfrentadas se mantuvieron hasta la independencia.

El excelente trabajo de Juan José Sánchez Baena nos da luz sobre un aspecto olvidado pero de gran trascendencia, como el estudio de la imprenta, para entender la evolución del pensamiento cubano.

Javier Laviña
Universitat de Barcelona

Van den Berg, Hans. *Clero cruceño misionero entre Yuracarees y Guarayos. Época colonial.* Cochabamba: Instituto de Misionología (*Scripta Autochtona* 2), 2009, 348 pp.

El autor, conocido investigador de la historia de las religiones, de las culturas andinas y de las tierras bajas bolivianas, fundador de la Biblioteca Etnológica de la Universidad Católica Boliviana, nos ofrece en este volumen, segunda obra de la colección *Scripta Autochtona*, “Una historia” de las misiones de yuracarees y de guarayos y de los misioneros diocesanos que desarrollaron tareas “evangelizadoras” entre ellos en diversas coyunturas de las últimas dos décadas del siglo XVIII y primeros años del siglo XIX. Una historia que, como bien señala el autor, es “episódica” y no “continuada” (p. 282) consecuencia, añade, de haber sido elaborada a partir de documentos relativos a temas tangenciales a la propia actividad misionera.

Coincido con Van den Berg en su afirmación pues lo que nos ofrece aquí, *dejando hablar a los documentos*, cuestión sobre la que volveré al final, es más bien la crónica de algunos episodios relativos a la fundación y fragmentada historia de algunas misiones establecidas por sacerdotes pertenecientes a la enorme diócesis que era la de Santa Cruz en el siglo XVIII, tanto entre los Yura-

carees ubicados en el Chapare actual como entre los Guarayos habitantes del amplio territorio existente entre los llanos de Moxos y Chiquitos.

Este volumen está estructurado en dos partes, la primera de ellas (pp. 8-176) dedicada a las misiones entre los Yuracarees, conocidos también como Solostos –aunque según Van den Berg, son dos parcialidades de una misma etnia que hablan el mismo idioma aunque sin parentesco conocido con ningún otro (p. 41)– y, en ocasiones, como Yuquis¹, relata en tres capítulos los acontecimientos más significativos referidos a las tres misiones de Nuestra Señora de la Asunción (erigida en 1776 y gestionada, entre otros sacerdotes, por Benito Araujo e Ignacio Montaña), San Francisco de Asís del Mamoré (fundada en 1793 y en la que ejerció el sacerdote José Joaquín Moreno) y, fundamentalmente, la misión de San Carlos (surgida en 1791 y de más larga duración en la que trabajaron los diocesanos Pedro J. de la Roca, José Antonio Ortiz o José Ramón Rodríguez, entre otros) a la que dedica atención especial (pp. 39-175). La segunda parte, con un total de cinco capítulos, está dedicada a los intentos hechos por sacerdotes diocesanos para la reducción de los Guarayos básicamente en la misión de Nuestra Señora del Carmen (fundada en 1794 y en la que trabajó el sacerdote Juan Justiniano), San Pablo (erigida en 1795) obra primera del sacerdote José Gregorio Salvatierra que, tras el remonte indígena, refundó la misión en 1803, abandonada nuevamente por los siempre reticentes guarayos y, finalmente, la misión de San Luis Gonzaga (fundada en 1806). La persistencia de Salvatierra para concentrar a los guarayos le llevó a establecer otras cuatro misiones en la década de 1810 –San Joaquín, San Pablo, Santísima Trinidad de Ñaepezinguer, Santa Cruz– como nos señala el autor en el capítulo 8, aunque no se aporta documentación sobre su establecimiento de la que sólo tenemos las referencias dadas por Fr. José Cors, franciscano, a cuya congregación la Corona otorgó la conquista y evangelización de los Guarayos poco antes de la independencia.

La historia descrita por Van den Berg tiene el mérito indudable de proporcionar informaciones, aunque fragmentarias muy útiles, para la reconstrucción de la historia de la conquista y reducción de los grupos indígenas objeto de estudio, de la que buena muestra es el importante acopio de documentación consultada y relacionada en el apartado final “Documentación de Manuscritos” en el que aparecen los legajos, expedientes y documentos manuscritos identificados en los mismos, guardados en archivos de Bolivia, Argentina y España²

1.No obstante, la afirmación de Van den Berg deber ser probada pues, investigaciones antropológicas recientes de las que he sabido por comunicación personal de I. Combès señalan que etnónimo Solostos parece ser el nombre dado por los Yuracarés a los Yuquis que, en este caso sí, como señala el autor, es una etnia de habla guaraní (p. 45) con la que los primeros estuvieron siempre enfrentados.

2. Útiles para los investigadores son las descripciones de los documentos más significativos trabajados en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (Sucre), Archivo Histórico de la Prefectura de Cochabamba (Cochabamba), Archivo Histórico “Humberto Vázquez Machicado” (Santa Cruz de la Sierra), Archivo General de la Nación (Buenos Aires), Archivo General de Indias (Sevilla), Archivo de la Real Academia de Historia (Madrid).

–sorprende la inexistencia de toda referencia a documentación en archivos vaticanos. Aunque, como bien señala el autor, el origen de cada una de las misiones estudiadas fue distinto, no estoy segura de compartir con él que la diversidad casuística de cada una de las fundaciones misionales sea indicador de la inexistencia, tras la expulsión de los jesuitas por la Corona española en 1767, de un “proyecto claro para reducir y evangelizar a aquellas etnias” (p. 283) que no habían sido integradas en el plan de la Compañía. Porque, cabe preguntarse, ¿un proyecto ideado y gestionado por qué institución? ¿la Corona, el Virreinato del Río de la Plata, la Audiencia de Charcas, las diversas gobernaciones? ¿la Iglesia, la diócesis de Santa Cruz de la Sierra, alguna de las congregaciones religiosas dedicadas a “misiones entre infieles”?

Si pensamos, como parece deducirse de la historia construida por Van den Berg, en un proyecto de las características que tuvo el ideado por los jesuitas en el contexto del estado colonial en los siglos XVII y XVIII, le hemos de dar la razón puesto que a fines de esta última centuria, las preocupaciones de la Corona española no eran, como habían consistido en el pasado, favorecer la expansión de la frontera interna y defender la frontera externa para lo que las misiones se habían configurado como instrumento fundamental del Estado. Es evidente que a fines del siglo XVIII, la Corona estaba más interesada en defender su posición internacional –batalla perdida, entre otras razones, por la penuria de recursos de la Hacienda pública– y reprimir, en clave americana, las revueltas que cuestionaban el orden socioeconómico. Sin embargo, es evidente también que diversas autoridades al interior del estado colonial tuvieron planes precisos destinados a lograr la sujeción de los indígenas hostiles –conquista, reducción, aculturación– y, sólo por referirme a la Audiencia de Charcas citaré el proyecto del intendente gobernador de Cochabamba, Francisco Viedma, figura que aparece repetidamente en esta historia que, sabemos, requirió de los misioneros la colaboración necesaria para, entre otras cuestiones, la sujeción de poblaciones indígenas hostiles que dificultaban el tránsito en la enorme diócesis cruceña.

No puedo cerrar esta breve reseña sin señalar que, en mi opinión, los “documentos” no hablan sino que deben ser interrogados por el/la investigador/a para quien es tan importante qué dicen como qué callan los documentos. Probablemente, la historia de las misiones entre los Yuracarees y Guarayos recogida en este volumen habría podido superar el “episodio” señalado por su autor si éste hubiera interpelado a la gran cantidad de informes, escritos y documentos utilizados.

Pilar García Jordán
Universitat de Barcelona